

mós conciliar con el mundo reprobado las obligaciones de nuestro Bautismo, à no ser que nos abstengamos, no solamente de las concurrencias, y visitas perjudiciales, y escandalosas; sino tambien de las vanas, è inútiles, y qué santifiquemos las que nos son inevitables, segun nuestra clase, y nuestro estado.

Y asi, Catolicos, si queremos no degradar el nombre de hijos de Maria, de que tanto nos preciamos, debemos todos postrados à sus pies, decir la de lo mas intimo de nuestros corazones: Virgen Santa, modelo el mas perfecto de todas nuestras obligaciones, y à quien la Iglesia, con justa razon llama, fiel espejo de la verdadera justicia: *Speculum justitie*, enseñadnos el modo de conciliar lo que debemos à los hombres, con lo que debemos à Dios; de santificar las obligaciones naturales, y civiles, que nos imponen la religion, y la sociedad; y de cumplir todas estas obligaciones de un modo igualmente meritorio para nosotros, y saludable para nuestros proximos; enseñadnos el modo de tratarlos, y visitarnos mutuamente en la tierra, con unas disposiciones tan christianas, que merezcamos vivir, y vernos eternamente juntos en la Gloria: *Ad quam. &c.*

SERMON

PARA EL DIA
DE SAN BUENAVENTURA,
Cardenal, y Obispo de Albano.

Erat lucerna ardens, & lucens. Joan. 5. vers. 35.

Era una luz, que ardia, y resplandecia.

DE poco sirve, Señores, que un hombre resplandezca en el mundo por su profunda erudicion, por sus estudios, por su talento, y por la viveza de su imaginacion, si su corazon no está al mismo tiempo inflamado, y abrasado en aquel amor que santifica los talentos, los hace utiles en la tierra, y los corona despues en el Cielo.

La ciencia, sin la caridad, nunca formó sino sabios sobervios, y maestros del error, y del vicio: la caridad con la ciencia siempre ha dado à la Iglesia sabios humildes, y defensores de la verdad, y de la virtud.

El Paganismo tuvo sus sabios, pero estos estaban sepultados en muy espesas tinieblas; hablaban bien, pero vivian mal: apenas parece creible, que ellos pudiesen dictar las grandes ideas, que enseñaron de la divinidad; admiramos, y lloramos à un mismo tiempo las lecciones, que daban à sus

discipulos, y los sacrilegos respetos que tributaban à los idolos de los Cesares: ¡qué hombres pueden ser, Catolicos, los que resisten à las mismas luces de la razon!

¿Pues qué diré de los oraculos del mundo, tan estimados en nuestro siglo, cuyas producciones son tan aplaudidas, y cuyos sacrilegos sistemas se atreven à reformar el divino plan de la Religion? La ciencia de estos, Catolicos, solamente alumbraba à los que voluntariamente quieren caminar por la senda de la perdicion: esta ciencia es semejante, à aquellos fuegos fatuos que resplandecen en la obscuridad de la noche à orillas de los precipicios, guiando à ellos à los temerarios.

No sucede asi con los Santos Doctores de la Iglesia; la luz de la verdad al mismo tiempo que alumbraba à los fieles, abrasaba sus corazones: esta preciosa luz ardia con lo vivo de su amor, y alumbraba con el resplandor de su doctrina: *Ardens, & lucens.*

El Serafico Doctor San Buenaventura ocupa, Catolicos, un puesto muy distinguido entre el magestuoso esquadron de Sabios, que han resplandecido en la Iglesia por su santidad, por su ciencia, y por su zelo: vino al mundo mas tarde que los Chrysostomos, los Gregorios, los Geronymos, los Ambrosios, los Augustinos, y los Bernardos, pero no resplandeció menos que ellos: en el siglo de cimotercio nos manifestó una viva copia de los talentos, y virtudes de aquellos grandes hombres: las luces que le precedieron, y las de su siglo, tan fecundo en Sabios, de ningun modo ofuscaron su ciencia, y su virtud. El

El gobierno de su Orden: recién fundado, y las disputas contra los enemigos de la pobreza del Salvador, los arduos empleos, las mas eminentes dignidades, el encargo de los mas importantes negocios de la Iglesia en tiempo de un cisma escandaloso, y sus escritos llenos de piedad, y sabiduria, son pruebas convincentes de haver sido nuestro Santo luz de su siglo, y luz que al mismo tiempo que alumbraba los corazones, los abrasaba en el divino amor.

El amor divino de San Buenaventura es, Catolicos, un fuego sagrado que abrasa, è ilumina: *Ardens, & lucens*: arde en su corazon, y resplandece en la Iglesia; el distintivo de su santidad, y de su ciencia es ser un Santo sabio: baxo de estas dos ideas os representaré, Señores, al Doctor Serafico, gloria del Orden de San Francisco de Asis, Oraculo de la Iglesia, y de las Escuelas, Consejero de los Reyes, y de los Pontifices, alma de los Concilios, azote de los Hereges, destruidor del vicio, y Maestro consumado de la vida espiritual; pidamos à la Reyna de los Angeles me alcance de su Divino Esposo gracia para elogiar dignamente à su Siervo. AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

EL mismo fuego celestial que abrasa el corazon de San Buenaventura en su niñez, anima despues sus palabras, sus acciones, sus proyectos, sus empresas, y sus escritos: nuestro Santo santifica, y consagra sus felices sucesos, y los honores que le son *Tom. IV.* D tri-

tributan los hombres: sus Maestros al ver su rostro, despidiendo resplandores, quedan poseídos de un santo respeto: en su lengua se halla toda la suavidad, y eficacia del amor, y así mueve, y enciende los corazones: la divina caridad dirige todas sus acciones; esta le señala el tiempo de la oración, del silencio, y del trabajo; la caridad le lleva à visitar todos los Conventos de su Orden; la caridad resplandece en todos sus escritos, y enciende su Divino fuego en los corazones de quantos los leen.

Si os admiran, Señores, el número de sus viajes, los Capítulos à que asistió, y las Obras que compuso, atended à los prodigios, que obra el amor divino en el corazón à quien domina: San Buenaventura, en el estado de simple Religioso, y en el de General de su Orden, en el de Cardenal, y Obispo de Albano, siempre fue luz ardiente por su caridad: *Ardens, & lucens.*

Como Dios ama à su Iglesia, y nunca la abandona, la suscita en todos tiempos Santos, y Sabios: estos se suceden unos à otros, y se manifiestan como astros, que aunque diferentes en claridad, y en virtudes, todos la defienden con igual zelo contra sus enemigos, todos son sus columnas, sus oráculos, y su gloria.

A las oraciones de San Francisco de Asis debemos la conservacion de la vida de nuestro Doctor Serafico: San Francisco cierra el sepulcro, que se disponia à recibir à nuestro Santo en su tierna infancia, enjuga las lagrimas de una Madre afligida, que yá contaba por perdido à su Hijo amado; las sombras de la muerte se disipan, y la mano que

NI. moT iba

iba à cortar esta tierna flor, solo se estiende para mantenerla, y cultivarla en el campo de la Iglesia.

En esta ocasion, como en otras muchas, procede San Francisco de Asis, como Thaumaturgo, y Profeta de su siglo: saca à nuestro Santo de los brazos de la muerte, y le dá un nombre que anuncia à la Iglesia los importantes servicios que de él ha de recibir en lo sucesivo.

¡Oh, Esposa de Jesu-Christo! aunque te veas afligida por la libertad de las costumbres, y por el furor de la Heregía, puedes consolarte, porque este Niño será uno de tus principales Oráculos, y una de tus mas resplandecientes antorchas.

El camino que la providencia, que mantiene en su Iglesia una continuada sucesion de hombres heroicos, señala à nuestro Santo, es el de la mas eminente santidad; su piadosa Madre le ofreció al Orden de San Francisco; esta Orden le poseerá, y le admirará como gloria, y ornamento de su Instituto: apenas tiene Buenaventura edad para conocer la oferta de su Madre, quando yá la aprueba, se dispone à cumplirla, y vá à presentarse al Altar, como víctima pura, è inocente.

No me detendré, Señores, en pintaros el fervor de este Novicio, el divino fuego que abrasaba su alma; ni las extraordinarias señales de este incendio que se manifestaban en su rostro: tampoco os referiré los consuelos que experimentaba en su Sacrificio, las virtudes que practicó, despues de la solemne renuncia que hizo del mundo: para daros una justa idea de su virtud, basta deciros, que fue un perfecto Religioso, y que podia servir de modelo à

los mas adelantados en el camino de la perfeccion.

¿Quereis ver, Catolicos, unos prodigios de virtud? Pues representaos à San Buenaventura à los pies de un Crucifixo, abrasado su corazon con el fuego celestial, ofreciendose à su Dios, sintiendo en sí todos sus dolores, y deshecho en lagrimas à vista de sus sagradas llagas: allí adquiere aquellas tiernas expresiones, aquellas vivas luces, y aquella santa eficacia, que son el distintivo de todos sus escritos.

Representaos aquel celestial espiritu, que mientras se celebran los Sagrados Misterios, toma del Altar el Cuerpo de Jesu-Christo, para darsele à Buenaventura; su humildad le apartaba de las Aras, pero Dios hace un milagro para acercarse à él.

Si quereis, Señores, ver mas prodigios de virtud, examinad sus piadosos afectos, quando fue elevado à la dignidad del Sacerdocio: pudiera referiros aqui la oracion que entonces compuso, y que despues abrazó la Iglesia, para daros alguna idea de su abrasado amor, pero paso sin detenerme à representarosle baxo la direccion de los mayores Maestros de su siglo, à los que asombra con los progresos que igualmente hace en las ciencias, y en la virtud.

Florece por aquel tiempo en virtud, y ciencia, Alexandro de Halés, uno de los mas profundos Theologos que ha admirado el mundo; baxo la conducta de este gran Maestro estudia Buenaventura; baxo su direccion hace rapidos progresos en las ciencias; todos admiran sus adelantamientos, y no saben, qué cosa sea en él mas digna de alabanza,

si

si su ciencia, ò la humildad con que la oculta.

Me parece, Señores, estar viendo aquel piadoso espectáculo, que en otro tiempo admiró Athenas en sus Escuelas, esto es, à San Basilio, y à San Gregorio Nazianzeno, estos hombres famosos, y los mas célebres Theologos, y Oradores de su siglo estudiaron baxo la disciplina de unos mismos Maestros, y contraxeron entre sí un inocente comercio de la mas sincera amistad.

El mismo espectáculo nos ofrecen, Catolicos, San Buenaventura, y Santo Thomás de Aquino en la Universidad de París; ambos estaban animados de un mismo amor, y abrasados de un mismo zelo; ambos se hallaban dotados de superiores talentos; ambos se consagraron al servicio de la Iglesia, y ambos eran igualmente enemigos de los honores, y dignidades; aunque San Buenaventura se vió por ultimo obligado à abrazar el Generalato de su Orden.

Hasta aqui, Señores, haveis visto al santo Religioso, ocupado en adornar su alma con las mas raras virtudes, y con el mas profundo conocimiento de las ciencias; bien sabeis los rapidos progresos que hizo en estos caminos, y la universal admiracion con que fue mirado de todos los Reynos Christianos.

El Supremo Gefe de la Iglesia descubrió en este joven Religioso aquellos raros talentos, que anuncian un hombre suscitado por especial providencia de Dios, y asi en los negocios mas importantes de la Iglesia, acude à él para oír su dictamen; y como la Orden de San Francisco es una de las mas

pre-

preciosas heredades de este fecundo campo, le encarga su gobierno, sucediendo en él, à Juan de Parma.

No mireis, Señores, la corta edad de San Buenaventura, como obstaculo para esta dignidad, pues aunque joven ha llegado yá à una eminente perfeccion: los años multiplicarán sus virtudes, sin tener motivo para corregir los vicios; su santidad triunfó de la corrupcion del siglo, y de la distraccion de los estudios; y su prudencia le hará ser admirado en su gobierno, portandose en él con afabilidad, y rectitud.

En su gobierno no se verá, ni aquel rigor que abate el animo de los subditos, ni aquella condescendencia que dá motivo à la relajacion: este Orden, que se hallaba algo turbado por los piadosos excesos del General que le gobernaba, gozará de finos dias serenos baxo la direccion de San Buenaventura; para él estaba reservada la grande obra de reunir los espiritus, y los corazones, de dividir este Pueblo de Santos en varias Tribus, y de presentarle al mundo christiano como un espectáculo de edificacion.

Juan de Parma tenia todas las virtudes propias de subdito, pero carecia de las necesarias à un Prelado de un Orden, que se estendia por todos los Reynos del mundo, y que por consiguiente abrazaba unos genios muy diferentes: era rigido, pero ignoraba el arte de conciliar los espiritus, usando de honestas condescendencias, con las que se mantiene à los flacos, y se dán nuevos alientos à los fervorosos: estas condescendencias de ningun modo se oponen à la regla de San Francisco, antes bien

se

se hallan autorizadas con el dictamen de los Sumos Pontifices, perfectamente instruidos de su espíritu: en la virtud, Catolicos, suele haver algunos escesos de severidad, que la debilitan en vez de alentarla: la regla del gobierno, no ha de ser el genio del que manda, sino la Ley de Dios, que toda es amor, y caridad.

Pues, quién mejor que nuestro Santo podia calmar las discordias, que havia excitado una excesiva severidad; el amor, y el agrado acompañaban siempre à todas sus acciones; los Santos Religiosos, congregados por orden de Alexandro IV. conocian muy bien estas virtudes en San Buenaventura; todos le deseaban por Prelado; y el mismo Juan de Parma, justo apreciador del merito, y zeloso del bien de su Orden, le pide por su sucesor, y se despoja gustoso de su dignidad, para que recaiga en Buenaventura; y, sin embargo, el mismo Juan de Parma, Admirador Catolicos, por una parte las instancias de aquellos Religiosos, y por otra, las resistencias de nuestro Santo: le instan, y ruegan para que acepte un puesto eminente, y él se resiste à condescender con sus ruegos; lejos de imitar à aquellos hombres ambiciosos, que anhelan por los honores, que huyen de ellos, se asusta, y extremece à vista de los honores, que ván à buscarle à su retiro; pondera su indignidad, à los que ván à buscarle movidos de su merito, y nunca se rendiria à sus ruegos, si pudiera resistir, sin desobedecer à la voz del Vicario de Jesu Christo: ¿qué maravillas no se deben esperar del gobierno de un hombre, que se rinde à recibir los honores que no ha buscado; que

so-

solamente abraza con gusto las obligaciones del ministerio, mirando al mismo tiempo con temor las distinciones, y los respetos anexos à él?

Por los felices sucesos del gobierno de nuestro Santo, podreis, Señores, hacer juicio de su milagrosa eleccion; en él se verificó la sentencia de San Gregorio Papa, que dice, que un corazon abrasado en el fuego del amor divino obra maravillas: *Magna operatur.*

Y à la verdad, Señores, ¿qué mayores prodigios que los innumerables capitulos que celebró San Buenaventura en el tiempo de su gobierno? París, Narbona, Pisa, y Assis, le ven casi à un mismo tiempo, presidiendo en las santas juntas que se celebraron en estos Pueblos; en todas ellas es admirado como Oraculo de la piedad, è interprete de la Regla de San Francisco; en todas ellas manifiesta el mismo zelo, la misma sabiduria, y la misma prudencia de su Santo Patriarca: todos los puntos que alli se tratan, quedan decididos, y sellados con el sello de la prudencia, y de la santidad: alli se forman instrucciones Pastorales, y se establecen nuevas constituciones, conformes en todo al espiritu de Francisco: alli se decreta la distribucion de este gran Cuerpo en diferentes Provincias, se establece la uniformidad en el vestido, y se declara por una de las mas esenciales obligaciones de este Orden la especial devocion à la Madre de Dios.

Nada se oculta al zelo, à la penetracion, y à la piedad de nuestro Santo: esta guia enviada del Cielo, como le llama el Papa Alexandro IV. en su elogio, hace de su Orden una de las mas utiles, y

glo-

gloriosas porciones de la Iglesia de Jesu-Christo: en todas partes es admirada, y celebrada la hermosura de estos nuevos campos de Israel: en ella halla la Religion Apostoles, Santos, Doctores, y Sabios de que servirse para todos sus ministerios.

El Gefe de este Grande Orden, el alma que le anima, y el Sabio que le gobierna, es San Buenaventura; y asi, no nos deben causar admiracion sus gloriosos sucesos, porque el amor divino siempre obra grandes maravillas: *Magna operatur.*

Averguencense los Sabios del mundo, aquellos Politicos del siglo que se atreven à tratar de hombres inutiles para la Sociedad à los que se dedican al retiro, y al servicio de los Altares: basta para su confusion el ver los servicios, que el Orden de San Francisco ha hecho à la Iglesia de Dios.

Aquellos hombres Apostolicos enviados por San Buenaventura à los Países infieles, para predicar en ellos el Evangelio, y sellarle con su sangre en caso necesario; aquellos hombres Sabios, è instruidos en las ciencias, de quienes se valen los Soberanos Pontifices para tratar con los Principes Christianos los mas importantes negocios de la Religion; aquellas luces ocultas al principio, y colocadas despues sobre el Santo Monte; aquellos Religiosos que han resplandecido desde el Trono Episcopal; aquellos Sabios que han dilatado el reyno de la virtud, destruyendo el de la Heregía; aquellos Santos que gemian en la soledad como palomas, aplacando con sus oraciones la divina venganza, ¿pueden llamarse hombres inutiles?

Pues estos fueron, Catolicos, los hombres que

Tam. IV.

E

dió

dió à la Iglesia el Orden de San Francisco, baxó el gobierno de San Buenaventura; à su virtud, y prudencia debe este Orden sus gloriosos progresos; aun despues de colocado en los mas eminentes puestos de la Iglesia, cuida de los negocios de su Orden, siendo el alma de todas las leyes que se forman para su conservacion, y aumento: nó obstante las largas conferencias que tiene en Leon con el Sumo Pontífice, nó obstante los preparativos para un Concilio General, en el que ha de ocupar un puesto tan distinguido, nada de esto le impide para juntar à todos sus hijos, presidiendo en su Capitulo General, celebrado muy pocos dias antes de que se abriese el Concilio, en que esta resplandeciente antorcha havia de lucir, y apagarse.

¡Qué poderosa es, Señores, la caridad, y qué maravillas obra el corazón, que se siente abrádado en este divino fuego! Vereis la prueba de esta verdad en San Buenaventura, sentado en el Trono Episcopal, y revestido con la sagrada Purpura.

Muy pocos hombres hay que huyan de los honores, que teman la caída al verse en la elevacion, y que desprecien sinceramente la opulencia, y la gloria, vinculadas à los puestos eminentes, pensando en las obligaciones que imponen, y en la estrecha cuenta que se les ha de pedir.

Pero ¡ah, Catolicos! Si hoy solamente vieramos à los hombres apetecer las riquezas, y dignidades del siglo: si los sagrados honores del Santuario, y el patrimonio del Salvador no excitarán sus ambiciosos deseos; si estos honores no se concedieran al nacimiento, sin méritos, ò à los talentos sin

virtud; si fuera necesario obligar à los dignos à que los aceptasen; y si la atrevida insuficiencia no hallára poderosos protectores, podriamos à lo menos consolarnos, y dexariamos al mundo, que honrase à sus esclavos con las dignidades que tanto lisongean su ambicion; pero el que unos hombres sin talentos, ni virtud entren en el Santuario, y adquieran las principales dignidades de él, por medio de infames ardidés, esto ha sido, y será siempre motivo del justo llanto de la Iglesia.

Esta se ha visto muchas veces precisada à obligar à los Santos, à que acepten las dignidades Eclesiasticas, y hoy se halla en la triste necesidad de resistir al poder, para apartar de ellas à los indignos; aquellos se negaban à aceptarlas, estos las buscan con ansia: los Santos bañaban con sus lagrimas las exteriores señales de su dignidad; los indignos miran con gusto, y alegria la pompa que la acompaña: ¡qué diferencia esta, Catolicos!

A San Buenaventura le eligió la Iglesia, y le obligó à admitir las dignidades del Santuario: Gregorio X. le miró como una piedra preciosa, necesaria en el edificio que él sustentaba, como sucesor de San Pedro: vió en él la misma virtud, que en Ambrosio, y Augustino, però tambien halló la misma resistencia.

Sus virtudes, y sus talentos eran motivo de que en todas partes fuese admirado; però su humildad le ocultaba à la vista de sus admiradores; inmediatamente que llegan à su noticia los aplausos que le tributa Roma, sale de aquella Capital, y se retira del favor del Soberano Pontífice: en vano irian los

honores à buscarle à su retiro, si no fuesen acompañados con un Breve Pontificio; es necesario que este Padre universal de los Fieles se valga de toda su autoridad, y de las amenazas del Cielo, para obligarle à aceptar la carga que le impone.

Si quereis, Señores, saber à dõnde llegó su heroica humildad, consultad la fiel historia de su vida; sabe que Clemerte IV. le ha nombrado para el Arzobispado de York, una de las principales Sillas de las Islas Britanicas, y penetrado de su profunda humildad, responde al Soberano Pontifice, que es indigno de semejante cargo, y que de ningun modo puede aceptarle, consiguiendo con esta renuncia el quedarse en su retiro, para llorar al pie de la Cruz, y adquirir alli aquellas luces que tan util le hicieron à la Iglesia.

Es verdad que Gregorio X. triunfò de su humildad, pero fue despues de haver experimentado la mayor resistencia, oponiendose à su precipitada fuga, valiendose de toda su autoridad, y hablándole en nombre de Dios en un Breve lleno de amor, y caridad que le dirige.

Un hombre que ama la gloria, y la opulencia, se lisongea quando sabe que el distribuidor de las gracias se acuerda de él; pero à San Buenaventura nada le asusta tanto como esta memoria: el Soberano Pontifice, que conoce muy bien su profunda humildad, le dá à entender que intenta hacerle Cardenal, y esto basta para que asustado nuestro Santo huya de Roma, y vaya à ocultarse en su retiro de París; esto es, Catolicos, despreciar sinceramente los honores.

Pero obligado, por ultimo, à vestirse la Purpura Romana, y à sentarse en el Trono Episcopal de Albano, conserva en medio de estas dignidades su profunda humildad, y levanta trofeos à la sencillez Evangelica, y à los humildes ejercicios de la vida religiosa.

Los Nuncios del Papa van à darle el parabien de su promocion, llevandole las señales exteriores de su dignidad, y hallan al nuevo Cardenal ocupado en los mas viles ministerios de su Convento; quedan admirados con este espectáculo, y mucho mas al ver que los recibe sin interrumpir sus ejercicios; solamente los Heroes de la Religion conservan la tranquilidad de animo, y el amor à los abatimientos del Evangelio en medio de los grandes sucesos: los Heroes del mundo se desvanecen con las felicidades, y se rinden à las desgracias.

El Vicario de Jesu-Christo triunfa de la resistencia de San Buenaventura; éste le obedece, y prostrado à sus pies recibe la Uncion Santa de sus manos; ungido este Sacerdote del Altisimo, y colocado en el orden Episcopal, vá à iluminar al mundo con el divino fuego, que abrasa su corazón: hasta ahora havia sido una luz ardiente por la actividad de su amor: *Lucerna ardens*; en adelante será una antorcha resplandeciente, que alumbrará con la luz de su ciencia, y doctrina: *Lucerna lucens*: que es la segunda parte.